

LOS LABERINTOS URBANOS DEL MIEDO

Jesús Martín Barbero
ITESO, Guadalajara



Bogotá. Centro. Maestría en Planeación urbana y regional. U. J.

PALABRAS CLAVE

Miedo, violencia, ciudadanía, políticas culturales, crítica cultural.

RESUMEN

Jesús Martín Barbero reflexiona sobre las formas por medio de las cuales la cultura urbana de entresiglos –la bogotana en particular- enfrenta el miedo a la violencia generado por los nuevos procesos comunicativos de los medios de masas. ¿Cómo está enfrentando la gente esos miedos, la angustia que acarrea la erosión de la sociedad que da forma a la ciudad?. Entre las diversas

reacciones, Martín Barbero jerarquiza el descubrimiento de las dimensiones culturales de la política agenciada por los nuevos movimientos urbanos, en aras de la construcción de un nuevo ejercicio de ciudadanía, como bien lo materializan las políticas de cultura ciudadana emprendidas por la Alcaldía de Bogotá y el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

KEY WORDS

Fear, Violence, Citizenship, Cultural Politics, Cultural Criticism.

ABSTRACT

Jesús Martín Barbero reflects on the ways by which the torn of the century urban culture confronts the fear of violence generated by new processes of the mass media. How are people confronting those fears and the anguish provoked by the erosion of society that shapes the urban space? Amongst different reactions,

Barbero hierarchises the discovery of the cultural dimensions of the politics appropriated by new political movements in order to reconstruct a new citizenship as it is shown by the cultural politics undertaken by the Council of Bogotá and the Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

La ciudad entre medios y miedos

Pensar los procesos urbanos, hoy en Colombia, nos está exigiendo pensar cómo los medios se han ido convirtiendo en parte del tejido

constitutivo de lo urbano, pero también cómo los miedos han entrado últimamente a formar parte constitutiva de los nuevos procesos de comunicación. Se plantea, entonces, la necesidad de enfrentar de entrada dos prejuicios igualmente tenaces: uno que proviene del campo de los estudiosos de la comunicación, y el otro que proviene de los expertos en violencias y miedos.

El primer prejuicio consiste en creer que se pueden comprender los procesos de comunicación estudiando sólo los medios, cuando lo que los medios hacen, lo que producen en la gente, no puede ser entendido más que en referencia a las transformaciones en los modos urbanos de comunicar, es decir, a los cambios en el espacio público, en las relaciones entre lo público y lo privado que produce una “nueva” ciudad, hecha cada día más de flujos, de circulación e informaciones, pero cada vez menos de encuentro y comunicación. Así, la posibilidad de entender el atractivo que ejerce la televisión está mucho menos en estudiar lo que hace la televisión que en estudiar aquellos procesos y situaciones que hacen que la gente se siente compelida a resguardarse en el pequeño espacio de lo privado y hogareño, y a proyectar sobre él un imaginario de seguridad y protección. Si la televisión atrae es, en buena medida, porque la calle expulsa. Es la ausencia de espacios —calles y plazas— para la comunicación lo que hace de la televisión algo más que un instrumento de ocio, un lugar de

encuentro. De encuentros vicarios con el mundo, con la gente y hasta con la ciudad en que vivimos.

Enfrentar el segundo prejuicio nos lleva a plantear que no podemos comprender el sentido y la envergadura de los nuevos miedos refiriéndolos únicamente al aumento de la violencia, de la criminalidad y la inseguridad en las calles. Pues los miedos son clave de los nuevos modos de habitar y de comunicar, son expresión de una angustia más honda, de una angustia cultural. Angustia que proviene de varios factores. En primer lugar, de la pérdida del arraigo colectivo en unas ciudades en las que un urbanismo salvaje —pero que, a la vez, obedece a un cálculo de racionalidad formal y comercial— va destruyendo poco a poco todo paisaje de familiaridad en el que pueda apoyarse la memoria colectiva. En segundo lugar, es una angustia producida por la manera como la ciudad normaliza las diferencias. Se echa la culpa a los medios de comunicación de homogeneizar la vida cuando el más fuerte y sutil homogeneizador es la ciudad impidiendo la expresión y el crecimiento de las diferencias. Nos quedan los museos, claro está, y las ciudades se llenan cada día más de ellos: esos lugares donde se exhiben las diferencias congeladas y a donde acudimos a alimentar el recuerdo y la nostalgia. Al normalizar las conductas, tanto como los edificios, la ciudad erosiona las identidades colectivas, las obtura, y esa erosión nos roba el piso cultural, nos arroja al vacío. De ahí el miedo. Y, por último, es una angustia que proviene del orden que nos impone la ciudad. Pues la ciudad impone un orden, precario, vulnerable, pero eficaz. ¿De qué está hecho ese orden y a través

de qué funciona? Paradójicamente es un orden construido con la incertidumbre que nos produce el otro, inoculando en nosotros cada día la desconfianza hacia el que pasa a mi lado en la calle. Pues en la calle se ha vuelto sospechoso todo aquel que haga un gesto que no podamos descifrar en veinte segundos. Y me pregunto si ese otro, convertido cotidianamente en amenaza, no tiene mucho qué ver con lo que está pasando en nuestra cultura política, con el crecimiento de la intolerancia, con la imposibilidad de ese pacto social del que tanto se habla, esto es, con la dificultad de reconocerse en la diferencia de lo que el otro piensa, en lo que el otro le gusta, en lo que el otro tiene como horizonte vital, estético o político.

Los miedos son clave de los nuevos modos de habitar y de comunicar, son expresión de una angustia más honda, de una angustia cultural.

Podríamos redondear esta reflexión diciendo que en Colombia, quizás como en ningún otro país de América Latina hoy, los medios viven de los miedos. Ello fue evidente en las últimas campañas electorales, en las que las amenazas de atentados casi acaban con la teatralidad callejera de la política —que ha sido y aún es hoy, aunque “reducido”, su espacio y forma propias—, obligando a resguardarla y convertirla en espectáculo televisivo. La televisión está fagocitando, devorando toda la capacidad de comunicación que no puede vivirse en la calle. Pero no sólo en las campañas electorales los medios sustituyen la vida de calle, de la ciudad. En la experiencia cotidiana del país podemos constatar la



Bogotá. Puente peatonal. Maestría en Planeación urbana y regional. Universidad Javeriana

desproporcionada importancia que la industria de los medios de comunicación ha adquirido. En un país con carencias estructurales tan grandes de vivienda, de salud, de educación, tenemos unos medios de comunicación desproporcionadamente desarrollados, tanto en lo económico como en lo tecnológico. Pero esa desproporción —al menos en términos de la importancia que adquiere lo que en los medios aparece— es proporcional a la ausencia de espacios políticos institucionales de expresión y negociación de los conflictos, y a la no representación en el discurso cultural de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías. Es la realidad de un país con una muy débil sociedad civil, un largo empantamiento político y una profunda esquizofrenia cultural la que recarga cotidianamente la capacidad de representación y la desmesurada importancia de los medios. Se trata de una capacidad de interpelación que no puede ser confundida con los ratings de audiencia. No sólo porque esos ratings,

en el caso de la TV, de lo que nos hablan es apenas de los aparatos encendidos durante equis programa, y no de cuánta gente está mirándolo y mucho menos de quiénes y de cómo lo ven, sino porque la verdadera influencia de la televisión reside en la formación de imaginarios colectivos, esto es, una mezcla de imágenes y representaciones de lo que vivimos y soñamos, de lo que tenemos derecho a esperar y desear, y eso va mucho más allá de lo medible en horas que pasamos frente al televisor y de los programas que efectivamente vemos. No es que la cantidad de tiempo dedicado o el tipo de programa frecuentado no cuente, lo que estamos planteando es que el peso político o cultural de la televisión, como el de cualquier otro medio, no es medible en términos de contacto directo e inmediato, sólo puede ser evaluado en términos de la mediación social que logran sus imágenes.

¿Cómo está enfrentando la gente esos miedos, la angustia que acarrea la

erosión de la sociedad que da forma a la ciudad?. Una es la reacción de las elites respondiendo al desarraigo, a la ausencia de raíces que comporta el mundo urbano, compensando el “vacío cultural” con la búsqueda de autenticidades estéticas. Para lo que se acudirá a las formas “tradicionales” de organizar el espacio, a las formas “antiguas” de los muebles o los tejidos. Y a través de esa recreación de un mundo primitivo se buscará entrar en contacto con aquello que suene a profundo y que sepa a auténtico. El hueco que la racionalidad tecnológica abre en una moralidad con frecuencia pre-moderna es llenado con la magia de lo primitivo o con el desencanto cínico de lo postmoderno.

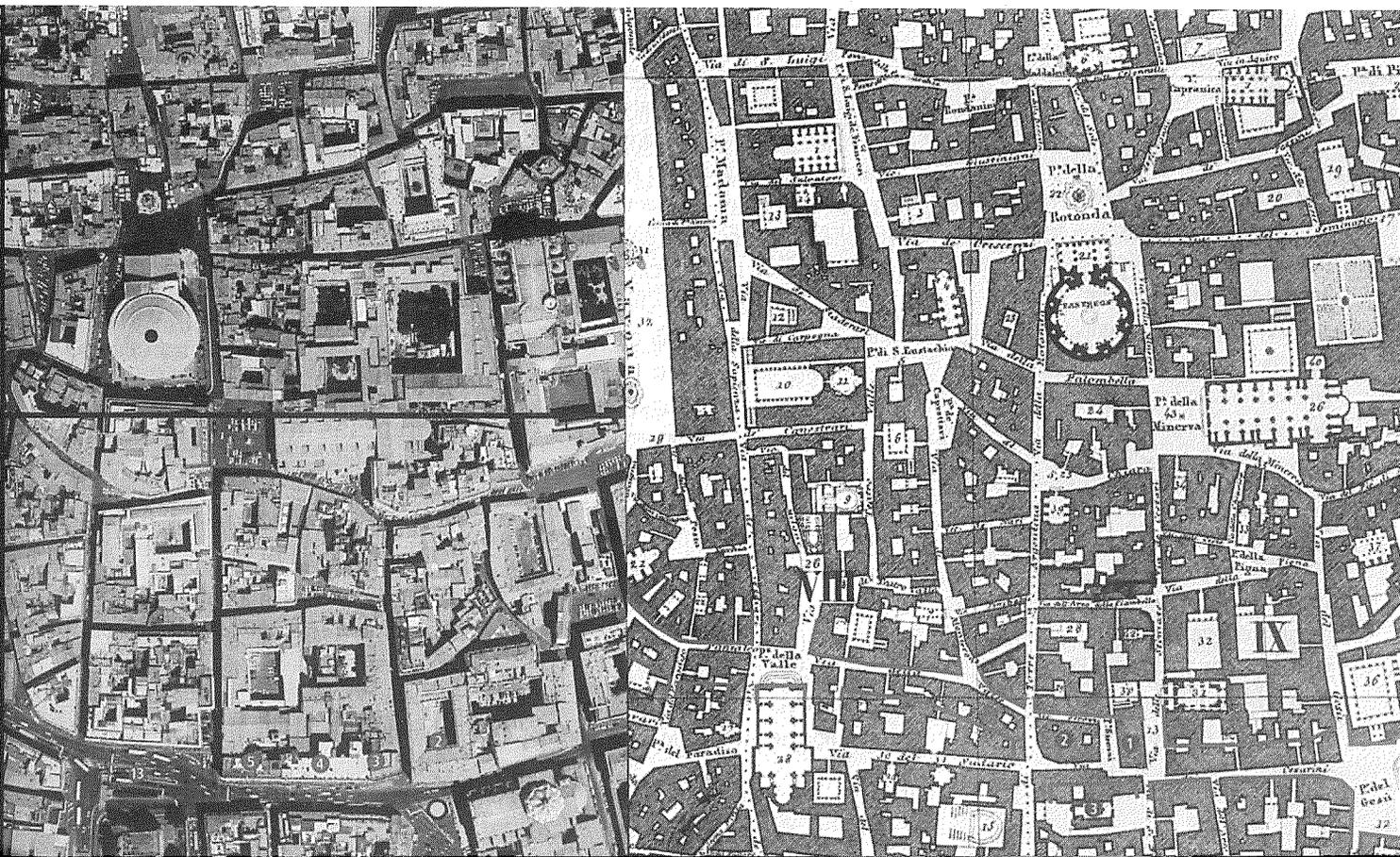
Un segundo tipo de reacción es el de toda aquella gente que anda a la búsqueda de nuevas modalidades de juntarse. Puesto que ya no se cree en los grandes ideales y ante la pérdida de valor de los símbolos integradores de la sociedad lo único que nos quedaría es lo

inmediato: lo presente y lo cercano. No es que se haya perdido la conciencia de que las cosas andan mal, de la falta de sentido de justicia, sino del hundimiento de los proyectos y las utopías que orientaban los cambios. Y al no saber qué hacer la gente se plantea como horizonte convivir lo mejor posible con los de al lado, con los que siente cercanos. A eso lo ha llamado Michel Maffesoli socialidades tribales que, marginales a la racionalidad institucional, retoman viejas pulsiones de lo comunitario y se realizan a través de agrupaciones precarias, viscosas, marcadas más por la lógica de la identificación que por la de la identidad. No tienen ni el largo tiempo de las identidades étnicas o de clases sino que están basadas en la generación y en el sexo, en comunidades de ámbito profesional o cultural. Lo que se busca es un mínimo de “calor” en unas ciudades cada día más frías, más abstractas, construir pequeños islotes de relación cálida donde se puedan compartir gustos, gestos, miedos.

Y la otra reacción observable hoy es la de los nuevos movimientos urbanos. Esos movimientos que se constituyen a un mismo tiempo desde la experiencia cotidiana del desencuentro entre demandas sociales e instituciones políticas y desde la defensa de identidades colectivas de formas propias de comunicación. A su manera, los movimientos sociales étnicos, regionales, feministas, ecológicos, juveniles, de consumidores, de homosexuales, van dando forma a todo aquello que una racionalidad política, que se creyó omnicompreensiva de la conflictividad social, no está siendo capaz de representar hoy. Movilizando identidades, subjetividades e imaginarios colectivos en formación, superando dicotomías barridas por las dinámicas de transnacionalización económica y desterritorialización cultural, esos nuevos movimientos están superando lo político en el sentido tradicional. Y lo están reordenando justamente en términos culturales. Los nuevos movimientos urbanos hacen el

descubrimiento de las dimensiones culturales de la política, de lo político como ámbito de producción del sentido de lo social, en que se hace posible la negociación de intereses y diferencias. Los nuevos movimientos urbanos enfrentan a la ciudad hecha de flujos e informaciones con una fuerte dinámica de reterritorialización de las luchas, de redescubrimiento de los territorios como espacios vitales para la cultura. Son luchas que desafían lo que entendíamos por identidades culturales ya que articulan lo que ni los políticos ni las gentes de la cultura supieron articular: la lucha por el espacio —en términos de vivienda, de servicios y de territorio cultural— con la lucha por la autogestión contra los hoy sofisticadas formas de verticalismo y paternalismo. Al descubrir la relación entre política y cultura —que nada tiene que ver con la vieja obsesión por “politizar” todo— los nuevos movimientos descubren la diferencia como espacio de profundización de la democracia y la autogestión. De manera

Bogotá. Maqueta. Maestría en Planeación urbana y regional. Universidad Javeriana



que la lucha contra la injusticia es, a la vez, la lucha contra la discriminación y las diversas formas de exclusión, lo que es, en últimas, la construcción de un nuevo modo de ser ciudadano que posibilite a cada hombre reconocerse en los demás, condición indispensable de la comunicación y única forma “civil” de vencer el miedo.

Narrativas del caos

Frente a las narrativas que identifican al caos con desorden y violencia en los relatos bíblicos el caos antecede al orden, esto es designa aquello a partir de lo cual toma forma el cosmos, o sea el mundo. Siguiendo esa narrativa de los orígenes, la ciudad aparece ligada a Caín y a Babel. Caín, el asesino de su hermano menor Abel, ha sido condenado por Dios a vagar errante y a llevar en su frente una misteriosa señal que, al mismo tiempo que dice su carácter de asesino, impide que él sea asesinado, y del mismo modo el condenado a errar será el constructor de la primera ciudad. Andando el tiempo los hombres intentarán construir una ciudad que llegue hasta el cielo pero, condenándolos de nuevo por su soberbia, Dios confunde sus lenguas obstaculizando la construcción de la ciudad que de todos modos se construirá y tendrá por nombre Babel, que significa confusión y dispersión. Los mitos fundadores de la ciudad en la Biblia no pueden ser más expresivos, mientras el de Caín designa la violencia, el de Babel designa el desorden pero, como el caos, ambos son también aquello a partir de lo cual emerge la sociedad que encuentra forma en la ciudad.

Muchas ciudades hoy parecieran también maldecidas por los dioses, al menos por la abundancia de huellas criminales que las pueblan y lo mucho que tienen de confusión. Pero lo que ha convertido a algunas de nuestras ciudades en las más caóticas e

Los nuevos movimientos urbanos enfrentan a la ciudad hecha de flujos e informaciones con una fuerte dinámica de reterritorialización de las luchas, de redescubrimiento de los territorios como espacios vitales para la cultura.

inseguras del mundo no es sólo el número de asesinatos o de atracos sino la angustia cultural en que vive la mayoría de sus habitantes. Pues cuando la gente habita un lugar que siente extraño, porque des-conoce los objetos y las personas, cuando no se reconoce a sí misma como de ese lugar, entonces se siente insegura, y esa inseguridad, aun a la gente más pacífica, la torna agresiva. Los que estudiamos los laberintos de la cultura urbana no aceptamos ver en la violencia únicamente las consecuencias de la injusticia en la incesante reproducción de la delincuencia sino que vemos algo de otro tipo, algo que nos remite no al asesinato en, sino de, la ciudad. Pues la ciudad muere cuando destruyen su memoria, cuando a la gente le roban los referentes de su identidad, como ha ocurrido en Bogotá. Yo llegué a esta ciudad en el año 1963, y cuando ahora la recorro con mis hijos me doy cuenta que habitamos dos ciudades completamente distintas: ellos la que ven y yo la que recuerdo. Más de la mitad de Bogotá es la ciudad que añoro y buena parte de la otra mitad es con la que peleo. Porque pocas ciudades en el mundo han sido tan irrespetuosas con su memoria. Claro que la delincuencia crece, se profesionaliza y nos atemoriza. Pero si el miedo nos vuelve asustadizos y cobardes, es la desconfianza la que nos vuelve inseguros. No es tanto y sólo porque nos agreden que nos sentimos inseguros, quizá la mayor parte de la agresividad que acumula esta ciudad procede al revés: porque nos sentimos perdidos y

entonces desconfiamos, vamos acumulando una rabia sorda —o sea a la que ni nosotros oímos— contra todo lo que nos rodea, y esa rabia nos estalla, sin que sepamos muy bien por qué, derrumbando toda la “urbanidad” aprendida e interiorizada. En una ciudad sin lazos de pertenencia qué urbanidad ni qué civismo son posibles?.

Lo que implosión en lo privado representa es la negación misma de la ciudadanía, ya que ella empieza por la negación de la ciudad, esto es por el achicamiento de la ciudad que es recorrida/disfrutada por sus habitantes. Es lo que nos corroboran cotidianamente las imágenes que de la ciudad nos ofrecen los medios, y especialmente la televisión: ese medio que se ha convertido en el vínculo vicario pero eficaz de un determinado modo de relación con la ciudad. Para unos bogotanos que desconfían de su ciudad, que la esquivan, que la caminan lo menos posible, las imágenes de la ciudad que normalmente construye la televisión son en gran medida reforzadoras de los imaginarios del miedo. Pues hasta ahora las imágenes de la ciudad prevaletentes en la televisión son incapaces de ir más allá del sensacionalismo y el morbo de los accidentes y los asesinatos, de los trancones y los atracos, del caos en el que se regodea con frecuencia una cámara incapaz de pasar de la más obvia denuncia al mínimo contexto de las responsabilidades ciudadanas.

Terrores antiguos, violencias nuevas

Bogotá es la ciudad capital de un país en el que como en ningún otro conviven los miedos de este fin de milenio con los del anterior, los del año mil. A entender, desde esa convivencia, las malhadadas violencias que aterrorizan a Colombia, nos ayuda G. Duby en su libro subtítulo La huella de nuestros

miedos. Entrecruzando ese texto con la situación de Colombia el relato podría ser como sigue: Al finalizar el primer milenio poco importaba la muerte pues el salvajismo de los caballeros hacía que todo estuviera permitido y sólo la iglesia lograba imponer algunas reglas mínimas de convivencia. Entonces, hasta las bandas que asolaban los caminos no hacían la guerra los viernes ni los domingos, y respetaban a las mujeres y los monjes —ya quisiéramos gozar de esos mínimos de convivencia los colombianos hoy!—. Había violencia por todas partes y cuando una fuerza militar no estaba encuadrada por una fuerza política se volvía devastadora. La propia caballería se había vuelto una empresa de extorsión a la que los campesinos resistían, pero todo se volvió más peligroso cuando una revuelta de campesinos ricos exasperó la brutalidad de los guerreros —en esos tres párrafos están nombrados todos: la guerrilla, el ejército y los paras—. La guerra duraba ya cincuenta años en todo el país!. Y por si fuera poco, Duby complementa el cuadro de las co-incidencias aseverando que, a pesar de todo, aquella sociedad del año mil era mucho menos convulsa que la nuestra, menos trabajada por la perturbación interior. Ahí está la pista sobre la densidad de las violencias en Colombia: a las del año 1000 se añaden las del 2000, esa perturbación interior que es el vacío de sentido producido por la desmitificación de la tradición y la alteración de los criterios de orientación axiológica, rompiendo la coherencia a los modelos culturales, de las coordenadas de la identidad social y psíquica de los individuos.

Puesto que los miedos de Bogotá no son sólo los de una ciudad sino los de un país, necesitamos desplegar ese contexto. Un primer acercamiento nos descubre un país de violencia generalizada, en el que “ésta no se vive como catástrofe sino como un proceso banal, que ofrece oportunidades, produce acomodamientos y tiene

normas y regulaciones”.¹ Ello se evidencia claramente en tres ámbitos: la profesionalización del violento como una forma más del amplio campo de lo informal, una economía de la violencia que tiene sus propios modos de inclusión y exclusión, y el paso al terror que se produce cuando la “ley del silencio” intensifica hasta la paranoia la desconfianza de todos hacia todos, lo que se realiza sin mayor ruptura pues no se puede inscribir en ninguna trama de memoria/retrato.² El terror circula de punta a punta de la geografía por la puesta en escena que de él hacen unos medios que viven de los miedos, que los explotan morbosa, obscenamente, agravando la desinstitucionalización de la violencia y colaborando en la expansión del sentimiento de impotencia hacia la acción colectiva y el repliegue del individuo sobre el territorio doméstico y sobre sí mismo. Ese cuadro sociológico se recarga desde las estadísticas³ —pero ¿cómo escucharlas sin convertir sus cifras en la morbosa exhibición que alimenta la banalización interior de la violencia y la “mala imagen” de que sufre el país?—. Dejaremos de lado las cada vez más detalladas cifras de delitos por minutos, horas, días, semanas y trazaremos un rápido mapa de los miedos: el 85 % de los colombianos que habitan las seis más grandes ciudades confiesa no

¹ D. Pecaú, “De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano”, *Controversia* 171. Bogotá, Cinep, 1997: 17.

² Sobre esa ausencia de trama y sus consecuencias: C. M Perea, *Cuando la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las elites capitalinas*. Bogotá: Aguilar/ IEPRI, 1996; para una puesta en contexto histórico: G. Sánchez/ R. Peñaranda (comp.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: IEPRI/Cerec, 1991

³ Recojo aquí los datos de una encuesta reciente encargada y publicada por el diario *El Tiempo* en su edición del 12 de marzo del 2000.

hablar con extraños, el 72% redujo la frecuencia en que salía de noche, el 54 % ha dejado de salir para cuidar la casa, para el 73 % la seguridad es una obsesión cotidiana. Todo lo cual se traduce en una lista de miedos bien concretos: a caer secuestrado en los retenes —llamados primeramente “pescas milagrosas” y hoy “pescas diabólicas”—que la guerrilla monta y desmonta instantáneamente en las principales carreteras del país, a abordar una taxi en la calle, a sacar el automóvil de noche prefiriendo llamar un taxi, a salir de madrugada de la casa en que los amigos jóvenes hacen fiesta instituyendo la costumbre de quedarse a dormir en ella, a refugiarse los fines de semana en los centros comerciales como único lugar de encuentro seguro, a establecer crecientemente en las ciudades “frentes de seguridad local” mediante un árbol telefónico de todos los vecinos integrantes del frente —atención al cariz militar expreso en la denominación—, la instalación de alarmas en sitios estratégicos del barrio activables por cualquiera que “detecte personas extrañas” o sea testigo de un atraco o robo, lo que garantiza la presencia de la policía en treinta segundos.

La ciudad muere cuando destruyen su memoria, cuando a la gente le roban los referentes de su identidad.

Una segunda mirada coloca su foco en el carácter exhibicionista y la fascinación pública que la violencia tiene entre los colombianos, y los efectos que ello produce sobre la trama de los discursos y las topografías sociales: estamos ante una violencia sin sujeto social y por lo tanto atribuida a la condición misma del ser colombiano: “los sujetos sociales y su actividades quedan enmascarados en la malignidad

nacional”.⁴ Incluso los actores más violentos, como los narcotraficantes, sus sicarios y los secuestradores profesionales, son dis-culpados por ser productos de un “orden injusto” o de “compulsiones profundas” (la explicación no puede ser más moderna!, pero ¿quien iba a pensar hace unos años en la perversión que cobraría en la sociedad colombiana la revoltura de marxismo con psicoanálisis?). La presencia reiterada del acto violento en los discursos sociales remite, por un lado, a su banalización, y por otro a la necesidad psicológica de sobrepasar el trauma permitiendo su asimilación como experiencia —junto al 85 % que se declara desconfiado el 90% se declara valiente!—. Lo cual significa que en el acto mismo de domesticación de la violencia, esto es de su control psicológico y de su habituación, de su conversión en hábitos, la sociedad colombiana vive un profundo deterioro de la calidad de la convivencia ciudadana pues legítima el derecho al miedo y su consecuencia estructural, la desconfianza. Claro que ese derecho y sus consecuencias no son vividas del mismo modo en los estratos sociales medios y altos que en los populares. Mientras en los primeros la violencia es mayoritariamente referida a su existencia/presencia impersonal e instrumental, en los populares la violencia tiene rostros y remite siempre a alguna deuda que se cobra, de ahí que los actos violentos que más les impresionan sean los que ven en la televisión.

En ese contexto se ubica Bogotá: una ciudad de seis millones de habitantes “mal contados”, que en los últimos

veinte años ha vivido un proceso galopante de disminución de sus habitantes raizales y otro de acelerada heterogenización por su poblamiento con gentes procedentes de todas las regiones del país, y últimamente con buena parte del millón y medio de desplazados por la guerra. A la informalidad ambiente de sus procesos de urbanización —permanente construcción y destrucción, precariedad de la malla vial, deficiencia y caos del transporte público— se añade la discriminación topográfica: su división entre el norte “de” los ricos y el sur “para” los pobres, entre el territorio de los conjuntos residenciales cerrados y los barrios de pobres a medio hacer, los de invasión y desplazados, la ausencia de espacios públicos disfrutables colectivamente y la presencia de enormes espacios “vacíos” con un gran deterioro físico y social. La narrativa de sus miedos agrega al mapa antes trazado este otro: a/ la mayor cantidad de lesiones violentas no ocurre —a pesar de sus altos índices de criminalidad e inseguridad— entre extraños sino en los ámbitos vecinales, privados e íntimos, que es donde operan las “deudas” y las venganzas, el maltrato entre familiares y los delitos sexuales; b/ sus habitantes “transitan entre la casa y el lugar de trabajo como si lo hicieran por entre un túnel, sin percibir mayormente lo que les circunda”,⁵ atentos únicamente a cualquier indicio de peligro; y c/ el habitante de Bogotá se halla permanentemente sometido a mensajes contradictorios sobre la violencia y a comportamientos imprevisibles y desconcertantes, en función de los cuales él mismo “se encarga de recrear el clima de inseguridad haciendo

Bogotá. Ciclorruta. Maestría en Planeación Urbana y Regional. Universidad Javeriana

⁴ M. Jimeno, “Identidad y experiencias cotidianas de violencia”, en G. Restrepo y otros, Cultura, política y modernidad. Bogotá: CES/Universidad Nacional, 1998: 246-275; de la misma autora, J. Arocha y F. Cubides, Las violencias: inclusión creciente. Bogotá: CES /Universidad Nacional, 1999.

⁵ Ma. T. Uribe, “Bogotá en los noventa, un escenario de intervención” en F. Giraldo/ F. Viviescas (comp.). Pensar la ciudad. Bogotá, 1996: 391-408; ver también a ese propósito: S. Niño Murcia y otros, Territorios del miedo en Santafé de Bogotá. Bogotá: Tercer Mundo, 1998.

circular rumores y relatos que describen en detalle los atracos, violaciones y demás hechos violentos, contribuyendo a mantener y acrecentar la percepción de la violencia como algo inevitable y consustancial a la vida de la ciudad”.⁶

Entre las miradas que buscan desentrañar los miedos de Bogotá me parece particularmente penetrante la de una feminista y su contraposición entre lo que la modernización del país ha entrañado para las mujeres —una fuerte y ancha redefinición de los principales marcadores de su identidad, y una paulatina pero creciente apertura de todos los ámbitos de la sociedad no sólo a su presencia sino al desconcertante y des-ordenador reconocimiento de su diferencia— y la negación que la ciudad, en especial la ciudad capital, produce hacia el nuevo paradigma de la feminidad. “Las mujeres hemos perdido la ciudad, o más exactamente la ciudad, por haber olvidado que debe ser el lugar para la pluralidad y la diferencia sexual, nos excluye”.⁷ Esa pérdida es rastreada en la específica dureza y agresividad patriarcal con que trata al cuerpo de la mujer, en su negarse al encuentro sensual: cuando las mujeres iban a poder recuperar la rumba, la salsa, el aguardiente, Bogotá les prohíbe la noche. Y les prohíbe muchas cosas más a las mujeres, entre otras la gestión urbana que, en manos de los hombres, deja por fuera algunas dimensiones y prácticas esenciales de la vida sin las cuales la vida se torna insoportable para todos. En el cuaderno de quejas feminista se esboza uno de los cuadros más expresivos de la ciudad: “Bogotá, no seas tan macho, tan dura. Deja un poco el afán, el temor, la agresividad, el cemento, lo vertical, la racionalidad y recupera tus emociones, los lugares para

la palabra, para la diferencia, en fin, feminízate”.⁸

¿Con qué políticas culturales afrontar el miedo?

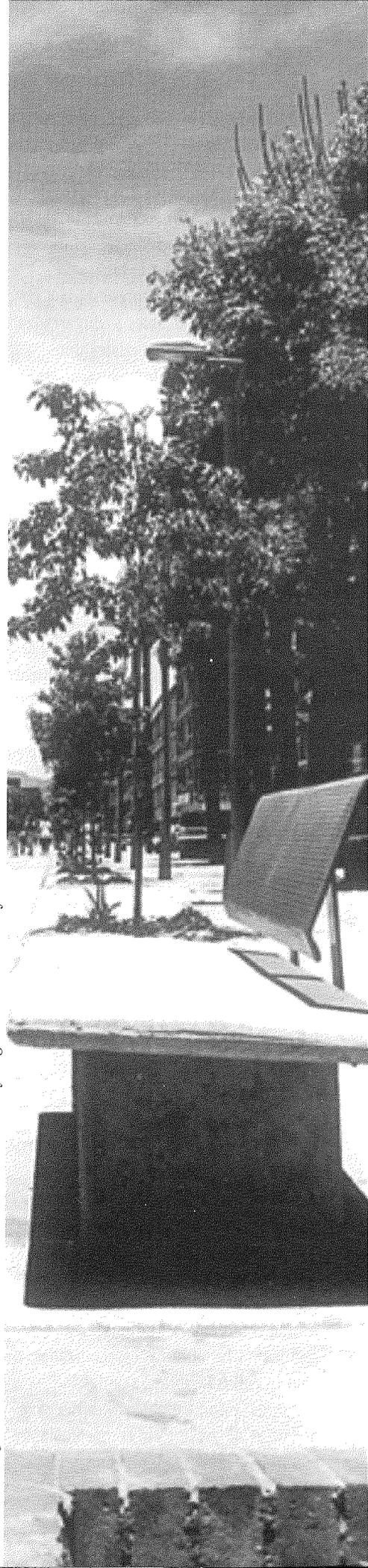
Partamos de una constatación decisiva: lo que constituye la fuerza y la eficacia de la metrópolis actual no es el poder de las tecnologías que la comunican sino su capacidad de acelerar —de amplificar y profundizar— tendencias estructurales de nuestra sociedad. Como afirma F. Colombo “hay un evidente desnivel de vitalidad entre el territorio real y el propuesto por los massmedia. La posibilidad de desequilibrios no derivan sin embargo del exceso de vitalidad de los media, antes bien provienen de la débil, confusa y estancada relación entre los ciudadanos del territorio real”.⁹ Es el desequilibrio generado por un tipo de urbanización irracional el que de alguna forma es compensado por la eficacia comunicacional de las redes electrónicas. Pues en unas ciudades cada día más extensas y desarticuladas, en las que el desarraigo y el crecimiento de la marginación se acompaña de una acelerada pérdida de la memoria urbana, la radio, la televisión y la red informática acaban convirtiéndose en un dispositivo de comunicación capaz de ofrecer formas de contrarrestar el aislamiento de los individuos posibilitando vínculos culturales a las diversas agrupaciones en que se fragmenta la sociedad. Pero de esa compensación, al disfrazamiento culturalista de los problemas sociales tras las tensiones y virtualidades generadas en el ámbito comunicacional, hay mucho trecho. Cualquier sustitución de lo político por lo tecnológico, además de legitimar la omnipresencia mediadora del mercado, encuentra su desmentido

⁶ *ibidem*, p. 394.

⁷ F. Thomas, “Pensar la ciudad para que ella nos piense...una mirada femenina sobre la ciudad”, en *Pensar la ciudad*, op. cit.: 413.

⁸ *Ibidem*, p. 414.

⁹ F. Colombo, *Rabia y televisión*. Barcelona: Gustavo Gili, 1983: 47.



más tajante en la insalvable zanja que separa la levedad del mundo de la información —la virtualidad de sus circuitos y redes, de sus dispositivos de procesamiento y almacenamiento, de su interactividad y velocidades— del espesor y pesantez del mundo de la incomunicación que representan/ producen las implacables y abigarradas violencias mediante las cuales unos actores —lumpen, delincuentes, narcotraficantes, guerrillas— desbordan y desbaratan con sus guerras las barreras alzadas por otros actores, en su renovado esfuerzo por seguir demarcando la ciudad y marcando la exclusión, por aislarse y protegerse mediante conjuntos habitacionales o financieros cerrados y armados con policías, perros y circuitos electrónicos de vigilancia.

Bogotá es la ciudad capital de un país en el que como en ningún otro conviven los miedos de este fin de milenio con los del anterior, los del año mil.

En los últimos años Bogotá no es solamente unas de las ciudades más violentas del planeta, también ha sido el escenario de una de las experiencias de gestión urbana más innovadoras. Partiendo de una campaña electoral sin partido y centrada por entero en su propia capacidad de convocación, la administración del ex rector de la Universidad Nacional, Antanas Mockus, puso en marcha un rico y complejo proceso de lucha contra las violencias urbanas y de reinención de la política cultural. Dos hilos atraviesan y dinamizan de punta a punta esa experiencia: una política cultural que asume como objeto a promover y regular no las culturas especializadas sino la cultura cotidiana de las mayorías, y con un objetivo estratégico: potenciar al máximo la competencia comunicativa de los individuos y los

grupos como forma de resolver ciudadanamente los conflictos y de dar expresión a nuevas formas de inconformidad que sustituyan la violencia física. A esa nueva idea de política cultural se llega a partir de la diferenciación de contextos, en cuanto repertorios regulados de posibilidades de lenguaje y de acción. “Entendimos que la reproducción cultural tenía su propia lógica: tal vez no era más potente que la reproducción económica pero no era tampoco una súbdita elemental de aquella. Hay claramente un sistema de límites que están culturalmente definidos, cuyo aprendizaje y transmisión de una generación a otra es implícito, ese es el contexto de la familia y de la escuela. Pero, qué pasa con los contextos que tienen que ver con los desconocidos?. Allí, en la regulación de comportamientos donde no está de por medio la reproducción cultural especializada (familia, escuela, iglesia) estaría el lugar de la cultura ciudadana, que es aquella en la que lo que está en juego no es ni la conciencia moral del individuo ni la sanción jurídica de una ley sino la necesidad que tenemos del reconocimiento de los demás”.¹⁰ A esa primera diferenciación de contextos, Antanas va a añadir otra, teóricamente quizá no muy ortodoxa pero políticamente clave, entre lo legal —constituido por normas especializadas de orden jurídico—, lo moral —perteneciente al mundo individual de la satisfacción interior y de las culpas— y lo cultural: autorregulación incorporada en hábitos que acarrear derechos, deberes y placeres y cuya sanción es colectivo-comunitaria. La idea de fondo es la de que lo cultural (nosotros) media y establece un *continuum* entre lo moral (individuo) y lo jurídico (los otros), como lo ponen de presente los comportamientos que, siendo ilegales o

inmorales son sin embargo culturalmente aceptados por la comunidad. Fortalecer la cultura ciudadana equivale entonces a aumentar la capacidad de regular los comportamientos de los otros mediante el aumento de la propia capacidad expresiva y de los medios para entender lo que el otro trata de decir. A eso lo llama Antanas “aumento de la capacidad de generar espacio público reconocido”.¹¹ Armada inicialmente de ese bagaje conceptual la Alcaldía de Bogotá contrató una compleja encuesta sobre contextos ciudadanos, sentido de justicia, relaciones con el espacio público, etc., dedicó a su campaña de “Formar ciudad” una enorme suma, el 1% del presupuesto de inversión del Distrito Capital, y emprendió su lucha en dos frentes —la interacción entre extraños y entre comunidades marginadas— y sobre cinco programas estratégicos: el respeto a las normas de tráfico (mimos en las cebras), la disuasión del porte de armas (a cambio de bienes simbólicos), la prohibición del uso indiscriminado de pólvora en festejos populares, la “ley zanahoria”: fijación de la una de la madrugada para el cierre de establecimientos públicos donde se expenden licores con propuestas de cócteles sin bebida alcohólica, y la “vacunación contra la violencia”, un ritual público de agresión simbólica especialmente entre vecinos, familiares y contra el maltrato infantil.

El otro ámbito decisivo de políticas de la administración Mockus fue el de la política cultural encomendada al Instituto Distrital de Cultura, institución que, en lugar de seguir dedicado al fomento de las artes, pasó a tener a su cargo la articulación de los muchos y muy diversos programas culturales del proyecto rector de Formar ciudad, en el que se insertaban tanto las acciones

¹⁰ A. Mockus, “Cultura, ciudad y política”, en Y. Campos/ Y. Ortiz (comps.), *La ciudad observada. Violencia, cultura y política*. Bogotá: Tercer Mundo, 1998: 18.

¹¹ A. Mockus, Prólogo a *La ciudad representada*, de F. Gutiérrez. Bogotá: Tercer Mundo, 1998.

sobre la cultura ciudadana como las de las instituciones especializadas de cultura y las de las asociaciones comunitarias en los barrios. Los estudiosos de las políticas culturales en América Latina (agrupados en una Comisión de CLACSO) llevábamos años convencidos de que no podía haber política cultural orientada a la cultura cotidiana ya que ésta, en cuanto mundo de vida abierto a la producción permanente de sentido, no era ni regulable ni subvencionable. Sólo podía hablarse en sentido propio de política cultural cuando se trata de culturas especializadas e institucionalizadas, como el teatro, la danza, las bibliotecas, los museos, el cine o la música. Y bien, lo que a través de la propuesta de Formar Ciudad posibilitaron las alcaldías de Mokus y Bromberg —y esto debe quedar claro: no fue tanto lo que ellos hicieron como lo que la gente hizo con las posibilidades que ellos abrieron— planteó un colosal desafío a nuestra académica concepción de políticas culturales. El eje de la política cultural fue la llamada “cultura ciudadana”, esto es la que rige la convivencia social desde las relaciones con el chofer de bus al respeto de las señales de tráfico, desde la resolución pacífica de conflictos entre vecinos hasta las reglas de juego ciudadano en y entre las pandillas juveniles, desde la relación con el espacio público de los andenes, los parques, las plazas, hasta el polémico control del horario nocturno de cierre de los bares. Fue entonces a partir de políticas de generación y reconocimiento de espacio público que se desarrollaron las políticas sobre las culturas especializadas de las artes y no a la inversa. Y esta directriz permeó tanto el trabajo de las instituciones a través de sus agentes, como el de los creadores o los profesionales de arte que insertaron su trabajo en el proyecto de Formar Ciudad.

La ruptura y la rearticulación introducidas sonaron a blasfemia a no

pocos pero ella expresa, para un país como Colombia, el talante de las rupturas/propuestas que necesitamos para transformar el miedo y la agresividad en creatividad. Que es lo que pude constatar personalmente durante la evaluación de las tareas y programas del Instituto Distrital de Cultura. Pues la focalización de la cultura ciudadana llevó a muchos artistas y a otros trabajadores culturales a repensar su propio trabajo a la luz de su ser de ciudadanos. Desde la caída del muro de Berlín y la desaparición del mundo socialista muchos artistas de izquierda se hallaban sumidos en una honda desmoralización, de la que les despertó el llamado a Formar ciudad, en el cual le reencontraron sentido a su “compromiso social”. Pues el trabajo en barrios se convirtió en posibilidad concreta de recrear, a través de las prácticas estéticas, expresivas, el sentido de pertenencia de las comunidades, la reescritura y la percepción sus identidades. Redescubriéndose como vecinos, se descubrían también nuevas formas expresivas tanto en las narrativas orales de los viejos como en las oralidades jóvenes del rock y del rap. Un ejemplo precioso de esa articulación entre políticas sobre cultura ciudadana y culturas especializadas es el significado que empezó a adquirir el espacio público y los nuevos usos a los que se prestó para el montaje de infraestructuras culturales móviles de disfrute colectivo. Devolverle el espacio público a la gente comenzó significar no sólo el respeto de normas sino su apertura para que las comunidades puedan desplegar su cultura y ciudadano signifique a la vez pertenencia, participación y creación.

Al exponer ante los directivos del programa y los coordinadores de área de las diversas localidades en que se subdivide Bogotá, el desafío teórico y político que para mí implicaba la compleja experiencia que estaba evaluando, se presentó una fuerte discusión. Algunos artistas expresaron

sus temores acerca del peligro que implicaba la inserción de su trabajo en el programa de cultura ciudadana, pues al subsumir la especificidad de su trabajo cultural en un programa de la Administración Distrital se corría el riesgo de servir de aval a la política oficial y a sus autoridades. En otras palabras, varios artistas se preguntaban si haber vivido esa experiencia barrial no podía ser tomado como un aval a la política de la alcaldía. Sin embargo, fue justamente ese debate entre artistas sobre los riesgos que corría su trabajo, lo que a mí acabó de convencerme sobre la importancia estratégica de la nueva concepción de política cultural que se había abierto campo en Bogotá. Pues lo que ahí se hizo visible fue el desajuste profundo entre la nueva política cultural y la política tal y como la hemos entendido, esto es su moldeamiento en conservadora o liberal, de izquierda o de derecha. Lo que estábamos descubriendo es que la política de verdad se había salido de sus marcos desbordando sus instituciones formales y sus actores tradicionales. Estábamos ante una recreación de la política que descolocaba a los artistas, como hace tiempo había descolocado a los politiqueros: la que consiste en ejercer de ciudadanos. Y desde ahí la ciudad emergía como espacio comunicacional que le mete conflictos y actores, cuerpos y pulsiones, a la ciudad virtual.

